
CAPITULO II

Causas de la cuestión social

Admirablemente señala el Romano Pontífice León XIII las causas de la *cuestión social* del siguiente modo:

Como quiera que sea, veremos claramente y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio á los hombres de la ínfima clase, puesto caso que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa; pues destruidos en el pasado siglo los antiguos Gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores. A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Juntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.

ARTÍCULO PRIMERO

La pobreza no es causa de la cuestión social

Antes de enumerar las causas que han producido el conflicto social que aterroriza á pueblos y gobernantes (lo cual hacemos al fin de este artículo), cúmplenos antes refutar el error de los que piensan que ese conflicto y

trastorno nace de las penalidades que abruma á la clase obrera, y especialmente de la pobreza en que vive.

La refutación de tamaño error nos dejará libre y expedito el camino para combatir de una manera directa y positiva las causas engendradoras de la *cuestión social*. Escribe el Romano Pontífice:

Y por lo que al trabajo corporal toca, ni aun en el estado de la inocencia había de estar el hombre completamente ocioso; mas lo que para esparsamiento del ánimo habría entonces libremente buscado la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado. *Maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida*¹. Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y por más experiencias y tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que dicen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor, y regañada con holganza ó incesantes placeres, lo inducen á error, lo engañan con fraudes de que brotarán algún día males mayores que los presentes. Lo mejor es mirar las cosas humanas como son en sí, y al mismo tiempo buscar en otra parte, como ya hemos dicho, el remedio conveniente á estas incomodidades.

El error de la escuela económica liberal en la investigación de las causas ú origen del mal social está en que se ha buscado la causa en donde no se halla. ¿De dónde procede la *cuestión social*? Los economistas liberales responden con frases parecidas á las de M. Paul Leroy-Beaubien²:

El mal social procede del malestar del pobre obrero; la pobreza lo engendra. Pero la desigualdad que engendra la pobreza irá disminuyendo á medida del progreso de las naciones. Los pueblos civilizados tienden hacia un estado de cosas en el que las condiciones serán de día en día menos desiguales entre los hombres.

Esto afirma el economista liberal; pero la verdad es que la repartición de las riquezas se hace de día en día menos equitativamente, como después veremos. Y es además, por otra parte, un crasísimo error considerar la pobreza como causa de la *cuestión social*, porque en todo tiempo ha existido la pobreza acompañada de las penalidades del indigente, en todo tiempo han existido los pobres y la injusticia social, y sin embargo, no en todo tiempo ha existido la *cuestión social*. Aun hay más; nunca en los anales del mundo el bienestar, goces y diversiones públicas han sido tan generales como hoy; jamás el progreso material ha alcanzado la perfección y la universalidad que en nuestros días; y sin embargo, jamás la crisis social ha

¹ Gen. m. 17.

² *Essai sur la répartition des richesses.*

sido tan terrible y amenazadora como hoy; jamás el odio de unas clases contra otras ha sido tan profundo y general como hoy; diríase que aumenta el odio fratricida al par que aumentan los goces y diversiones sociales. Por otra parte, si miramos á nuestro alrededor y dirigimos la vista á los pueblos donde aún reinan los principios de moralidad cristiana, y por ellos se rigen, ¿no echaremos de ver á muchos pobres que trabajan y sufren, y que sin embargo, son dichosos y felices; pobres que lloran y llevan una vida de penitencia, y sin embargo, tienen paz en su corazón? Aun existe otra clase de hombres, que abandonando la opulencia y el bienestar que hallaban en sus palacios y en medio de sus riquezas, abrazan la vida de la más estrecha pobreza, se visten con la librea del pobre, y llevan hasta el último suspiro una vida de abnegación y de sufrimiento; y sin embargo, estos hombres son dichosos y felices en cuanto cabe serlo en este valle de lágrimas. Es verdad que el mundo llama dichosos y felices á los ricos, á los que poseen grandes bienes de fortuna, pero se engañan miserablemente. ¿Quién, aunque no cuente muchos años, no ha tenido ocasión de ver cubiertas de amarguissimas lágrimas las mejillas de más de un millonario, morir de fastidio y de tristeza hombres de muy buena posición social, y hasta llegar á suicidarse hombres ricos que llevaban una vida sibarítica y crapulosa? Es un error, pues, creer que la dicha se halla en los honores, dignidades y riquezas. No y mil veces no. La felicidad no se halla en las cosas materiales; se halla en nuestro corazón, en nuestra alma, y de ella, sin nuestra voluntad, nadie puede arrebatárnosla.

Ahora bien; nuestro corazón es dichoso y feliz, siempre que se halla en posesión de la verdadera y justa paz; ya sea pobre ó rico, capitalista ó jornalero, sabio ó ignorante, cada uno encuentra la dicha y felicidad en la satisfacción de su corazón. ¿Y cuándo se hallará contento y satisfecho nuestro corazón? Siempre que el hombre cumpla su deber, su más estricto deber, cada uno según su estado; en otras palabras, solamente se hallará el hombre contento y satisfecho si está en paz con Dios, con su prójimo y consigo mismo. Cualquiera que sea el estado del hombre, y cualquiera que sea el cambio económico que en el mundo se realice, la dicha del hombre sólo se encuentra en el cumplimiento del deber y no en otra cosa alguna. De lo dicho se desprende, que la *cuestión social* no viene de la pobreza, porque ésta es natural al hombre caído. No negaremos, sin embargo, que el aumento de la pobreza por la organización social de la actual sociedad es una concausa de su malestar que estudiaremos en su lugar correspondiente, pero entonces se denomina *miseria*.

La pobreza, la necesidad externa no puede llamarse *miseria*, ni mucho menos puede considerarse como signo de decadencia moral; antes al contrario, los pueblos pobres y necesitados son de ordinario los más vigorosos y moralmente los más sanos, y de entre ellos precisamente salen siempre los regeneradores de la civilización y del progreso. La pobreza se convierte en miseria cuando el rico y el pobre viven en abierta oposición; cuando es despreciado éste y aborrecido el primero; cuando á la opresión que sobre el ánimo ejerce la po-

brea se agregan el odio interior, la envidia, el rencor, un rompimiento completo con la sociedad, con Dios y consigo mismo; cuando, en fin, á la miseria material se junta la lucha interna que desgarró el ánimo del que se entrega á los vicios. De una manera concreta se nos presenta la miseria bajo este doble aspecto en el proletariado, sobre todo en los periodos de decadencia de los estados industriales. Por la misma razón que no podemos confundir la pobreza con la miseria, tampoco debemos poner en un mismo nivel al cuarto estado, al pueblo y al proletariado: éste se distingue, generalmente, por una corrupción moral de que está muy distante el primero.

La fuerza moral conservadora que se mantiene viva en el pueblo, es en el proletariado un poder destructivo y diabólico; la conservación de esa clase que se llama pueblo, es, pues, una garantía para la civilización, mientras que la victoria del proletariado traería consigo la ruina de toda humana cultura; el pueblo es el puente por el que verificamos el tránsito á un porvenir más venturoso; al contrario, el proletariado se nos presenta como la impetuosa corriente que sepulta lo presente y lo futuro, en sus furiosas olas, después de romper todos los diques; en el pueblo se cobija el amor, en el proletariado el odio; aquél ama el progreso y la patria, éste se propone levantar una nueva sociedad sobre las ruinas de la legislación y de la patria; el pueblo es la fuente de la vida, el proletariado las heces de la muchedumbre; aquél representa la fe, y éste el libertinaje; el pueblo alimenta en su espíritu la confianza en Dios, el proletariado la desesperación; en el pueblo se mantiene viva la fuerza de la naturaleza, mientras que el proletariado es la tumba de la civilización. En una palabra, el pueblo es siempre y en todos los casos el áncora de salvación, la vida; en el proletariado está la ruina, la muerte de la sociedad. (Rossbach) ¹.

En vano buscaron los economistas liberales el origen de la pobreza en la existencia social actual del hombre, en los vicios de las instituciones que rigen á las sociedades, en el exceso de la población, en la dirección de la industria, ó, en fin, en la ignorancia, inmoralidad é imprevisión de las clases obreras. Es indudable que estas circunstancias contribuyen poderosamente á aumentar y propagar la deplorable condición de una gran parte de la especie humana, produciendo la miseria y el pauperismo; pero existe otra y más alta razón de la pobreza, y ésta no la explican los economistas liberales, porque se han desdeseñado de buscar su explicación en la Religión Católica, en donde única y satisfactoriamente se halla.

El origen de la pobreza é indigencia entraña las más altas cuestiones de Religión, de Moral y de Ciencia Política. Pero para resolverlas es indispensable estudiar al hombre en toda su integridad, esto es, conocer la naturaleza y destinos del hombre; es necesario descubrir la causa y el fin de las desigualdades de las condiciones humanas; en una palabra, es necesario encontrar, en cierto modo, el secreto y la última razón de la existencia del universo.

La sabiduría humana es impotente para rasgar velos impenetrables á otras miradas que á las miradas de la Fe católica. El hombre, y sobre todo el hombre pobre é indigente, es un misterio que solamente Dios, autor y criador del mismo hombre, puede revelarnos; todos los esfuerzos de la filosofía y de la ciencia lograrán sólo demostrar que no pueden señalar

¹ Hitz. *El problema social*, pág. 35, nota.

ótras causas de los males que afligen al género humano, sino el decreto supremo é irrevocable de Dios, que condenó al hombre al trabajo, á las enfermedades y á la muerte.

Este es un misterio profundo y terrible, es verdad, pero sin el cual es más incomprensible todavía el hombre. En efecto; el hombre actual sería para la pobre inteligencia humana un enigma, si no nos enseñara la Religión que, criado para la felicidad, pero dueño de su destino, cayó de su alto puesto por el libérrimo uso de su libertad, por una falta proporcionada al castigo que sufre en su condición actual, perdiendo todos los bienes sobrenaturales y preternaturales, quedando así el hombre miserable despojado de la justicia original, y con todas las contradicciones, penalidades y miserias que emanan de tan triste condición.

Que el hombre cayó de su condición primera y dichosa, lo enseñan las tradiciones de todos los pueblos, además de la Religión católica y el estudio de la naturaleza humana. «El hombre es un ángel caído, que conoce á Dios y á la muerte,» han dicho de él los pensadores profundos que han estudiado y sentido tal vez las encontradas aspiraciones del rey de la creación. «Es un dios caído, lanzado de su solio, errante y peregrino sobre la tierra, que se acuerda de los cielos», han podido cantar los poetas cristianos. Y lo repito, porque el asunto lo merece, sólo en el dogma fundamental de nuestra sacrosanta Religión, en el pecado original, se halla la explicación completa de las desigualdades sociales, y por consiguiente, la última razón de la pobreza; ¡precisamente en la negación, ignorancia ú olvido del pecado original, está el fundamento de todos los errores de la escuela económica liberal! Las palabras del primer historiador del mundo arrojan sobre esta materia ríos de purísima luz. Y á Adán le dijo: *Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida¹. Espinas y abrojos te producirá, y comerás de las hierbas de la tierra². Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres, y á ser polvo tornarás.*

El hombre comerá el pan con el sudor de su rostro, dijo Dios, y he aquí la necesidad del trabajo como condición precisa de la existencia del hombre sobre la tierra; y he aquí también la pobreza, como necesaria herencia del hombre, que no puede ó no quiere trabajar. El trabajo, en efecto, se hizo entonces necesario para el individuo, para la familia y para toda asociación por decreto y ley divina, como condición precisa para poder comer; y desde el momento en que el hombre queda imposibilitado para el trabajo, ó cuando se sustrae voluntariamente á tan imperiosa ley, ó finalmente, cuando el salario es insuficiente para cubrir las necesidades del hombre, entonces aparece la pobreza ó indigencia y hasta la miseria. Sobreviene también la pobreza cuando el jefe de una familia no ha podido

¹ 18 Gen. III.
² 19 Gen. III.

ahorrar para sostener á una esposa enferma ó delicada, á los hijos de menor edad, ó para él mismo, cuando ya no puede trabajar ó por enfermedad ó por vejez. Fuerza es, pues, que todo hombre trabaje, cada uno según su estado ó profesión, y las clases inferiores de la sociedad, los obreros ó jornaleros que por su posición no tienen otro recurso que los oficios manuales, deben convencerse de que no hay poder humano que les pueda dispensar del trabajo impuesto por la ley divina. El día en que cesase completamente el trabajo, se consumiría bien pronto la destrucción de la especie humana. Por lo tanto, después del pecado original, el trabajo es obligatorio para todo hombre, y por consiguiente, la pobreza y la miseria es natural al hombre caído que no puede ó no quiere trabajar. Se desprende, pues, evidentemente de lo dicho, que siendo la pobreza natural al hombre caído, y habiendo existido siempre, no puede ser causa de la *cuestión social*.

Antes de investigar las verdaderas causas que han engendrado la *cuestión social*, conviene añadir dos palabras para terminar el asunto de la necesidad que tiene el hombre de trabajar. Dios Nuestro Señor, al criar al hombre á su imagen y semejanza, dióle una naturaleza inteligente y activa: natural, por lo tanto, es al hombre, aun en el estado de la inocencia, la actividad y el trabajo. *Porque el hombre nace para trabajar, como el ave para volar*¹. El mismo Dios instituyó el trabajo, por cuanto *después de haber plantado el Señor Dios desde el principio un jardín delicioso y hecho nacer de la tierra toda suerte de árboles hermosos á la vista, y de frutos suaves al paladar; y también el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal*.

*Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, que había criado, y puso en el paraíso de delicias, para que lo cultivase y guardase*². Sin embargo, en el paraíso de delicias el trabajo era libre, puramente voluntario, porque el hombre solamente se hallaba sujeto á un precepto: *Come si quieres del fruto de todos los árboles del paraíso; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás*. Por lo tanto, en el estado de la inocencia el trabajo para el hombre no era obligatorio, sino voluntario: era una distracción, un recreo en aquel jardín de delicias, y una satisfacción atendiendo á la naturaleza activa del hombre. Además, como en aquel feliz estado el hombre se hallaba exento de enfermedades, de fatigas y de toda molestia, de aquí que no estaba obligado al descanso semanal, porque esta obligación solamente se la impuso Dios después del pecado original, gozando, por lo tanto, el hombre en el estado de la inocencia y de la justicia original de la omnimoda libertad del trabajo.

No siendo, por consiguiente, la pobreza y la indigencia causa de la *cues-*

¹ Job, v. 7.

² Gen. II, 8, 9, 15.

ción social, ¿qué causas la han producido? El Romano Pontífice León XIII la enumera magistralmente:

1.ª La destrucción en el siglo pasado de los antiguos gremios de obreros, no habiéndoles dado en su lugar defensa ninguna. 2.ª La apostasía de las naciones, habiéndose apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres. 3.ª El individualismo, dejando á los pobres obreros solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores. 4.ª La voraz usura, *usura vorax*, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Y 5.ª Finalmente, el monopolio del trabajo y del comercio, *porque los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos*.

Las cinco causas engendradoras del tristísimo estado en que se encuentran los pobres obreros podemos reducirlas á tres. 1.ª A la apostasía de las naciones, por haberse apartado en las instituciones y en las leyes públicas de la Religión de nuestros padres. 2.ª Al individualismo creado por la destrucción de los antiguos y cristianos gremios. Y 3.ª Finalmente, á la cruel y voraz usura.

ARTÍCULO II

Primera causa de la *cuestión social*.—Apostasía de las naciones

La causa principal y el verdadero origen de la *cuestión social*, tal como la hemos expuesto y existe hoy, es la negación ó el olvido absoluto del fin último del género humano. El punto de vista aun económico, cambia según que el fin último del hombre se halle en la tierra ó se prolongue más allá de la tumba. Un abismo separa la teoría que hace del hombre un mono perfeccionado, de la doctrina católica que reconoce en el hombre un ser inmortal, cuya inteligencia contempla la verdad invisible y cuyo corazón ó voluntad no puede descansar completamente sino en el Bien Sumo. Por lo tanto, la *cuestión social* se reduce en último término á la respuesta que se dé á una pregunta del Catecismo. ¿De dónde venimos y á dónde vamos? ¿Cuál es el origen del hombre y cuál es su último fin? En una palabra, ¿para qué fin ha sido criado el hombre? He aquí la gravísima cuestión que ante todo conviene resolver, y que interesa tanto á los gobernantes como á los gobernados, porque el principio civilizador de la sociedad y la misma política será muy diferente, si todo se acaba en el sepulcro ó existe una vida futura.

PÁRRAFO I

Fin del hombre.—Doctrina católica

Escribe el Romano Pontífice:

Pero la Iglesia enseñada y guiada por Jesucristo, aspira á algo más grande; es decir, ordena algo que es más perfecto, y pretende con ello juntar en unión íntima y amistad una clase con la otra. Entender lo que en verdad son, y apreciar en lo que de veras valen las cosas perecederas, es imposible, si no se ponen los ojos del alma en la otra vida, que no ha de tener fin; la cual vida, si se quita, perecerá inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien, y hasta se convertirá este universo en un misterio inexplicable á toda investigación humana. Así, pues, lo que del magisterio de la naturaleza misma aprendimos, es también dogma de la fe cristiana, en que como en principal fundamento estriba la razón y el de ser todo de la Religión, á saber, que cuando salgamos de esta vida, entonces hemos de comenzar de veras á vivir. Porque no crió Dios al hombre para estas cosas efímeras, miserables y caducas, sino para las celestiales y eternas; ni nos dió la tierra por habitación perpetua, sino por lugar de destierro. Abundar ó carecer de riquezas y de las otras cosas que se llaman bienes, nada nos importa para la bienaventuranza eterna; lo que importa más que todo es el uso que de esos bienes hagamos. Las varias penalidades, de que está como tejida la vida mortal, no las quitó Jesucristo con su *copiosa redención*, sino las trocó en incentivos de virtudes y las hizo materia de merecimientos, de tal suerte, que ninguno de los mortales puede alcanzar los bienes sempiternos, si no es caminando sobre las ensangrentadas huellas de Jesucristo. *Si sufriéremos, reinaremos también con El*¹. Tomando El de su voluntad trabajos y tormentos, por admirable modo templó la fuerza de esos mismos tormentos y trabajos; y no sólo con su ejemplo, sino con su gracia y con la esperanza que delante nos pone de un premio eterno, hizo más fácil el sufrir dolores; *porque lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria*².

Muy á propósito viene aquí lo que escribe Godefroid Kurth en su notabilísima obra titulada *Los orígenes de la civilización moderna*³. Investiga el principio civilizador de la sociedad humana, y afirma que una definición exacta de la civilización no se concibe sin un conocimiento previo del hombre, no siendo toda sociedad más que una reunión de hombres. La cuestión así propuesta se reduce á esta pregunta: ¿Qué es el hombre? Ese ser inteligente y libre, ¿tiene por ventura un fin último, propio

1 II ad Tim., II, 12.

2 II Cor., IV, 17.

3 Tomo I. Introduction, págs. 9 á 37.

del hombre, á cuya consecución debe consagrar su existencia, ó bien ha sido el hombre arrojado al mundo sin destino alguno, por un ciego acaso, en medio del universo, sin designio de Dios? La razón y la conciencia responden á esta pregunta de una manera irresistible, y no hay sofisma alguno que pueda debilitar su testimonio. No hay duda; tenemos en nosotros mismos la certeza inquebrantable de que hemos sido destinados á un fin que debemos cumplir, que explique y dé razón de nuestras facultades y de nuestra propia naturaleza. De la misma manera que en nuestro organismo no existe una célula ni tejido alguno que no esté subordinado á la función del organismo, y que éste á su vez existe por el principio espiritual que los anima, del mismo modo nuestra alma no posee ninguna atribución ó facultad que no se le haya dado en razón del sublime destino, del fin último que ella está llamada á cumplir. Todos los seres de la tierra están subordinados á este fin, y no podemos concebir ni uno solo que tenga otro destino. Si la sociedad pudiese ser otra cosa que un medio ó instrumento para los individuos que la componen, para que obtengan mejor el fin último, entonces la sociedad sería inútil ó dañosa para el hombre, y por lo tanto se llegaría á la conclusión de que la sociedad cedería en descrédito del Criador.

¿Pero cuál es el fin del hombre? Esta cuestión es la más urgente, que el hombre se puede proponer, y nada hay tan importante para su dicha como la respuesta que se dé: además, necesita esta respuesta inmediatamente, porque su responsabilidad principia desde el momento en que la conoce; y la respuesta debe ser evidente, porque la menor incertidumbre en esta cuestión le conducirá á irreparables y gravísimos errores. Y sin embargo, á pesar de reconocer la indispensable necesidad de poseer la solución del problema, el hombre por sí solo, sin otro auxilio superior, es incapaz de hallarla con evidencia. En vano se la pedirá á su inteligencia; tan hábil como es para guiarle en el laberinto del mundo material, le deja desprovisto de luces en medio de las incertidumbres del mundo moral. Su misma conciencia, que tan poderosamente afirma la realidad de su fin, se calla y enmudece cuando se trata de definirla. Devorado por la inquietud busca en vano su fin, mientras su vida pasa velozmente, y sus actos irrevocables caen con todo su peso en la balanza de sus destinos. ¿Cómo no ha de ser esta investigación poco fructuosa? Aquel que no se ha dado á sí mismo la existencia, no puede decir el fin para que ha sido criado. Es el Criador y no la criatura el que debe y puede dar cuenta de la creación del hombre. Al grito de tristeza y aflicción que el alma humana lanza en el silencio infinito de la eternidad, «¿para qué he sido yo puesto en este mundo?», una sola voz puede responder, y esta voz es la voz de Dios. Luego, en último término, es un problema de orden teológico aquel cuya solución busca la ciencia social; y por decirlo todo de una vez, no se hallará el secreto de la civilización humana sino en el secreto de la revelación divina. Quiérase ó no se quiera, la ciencia religiosa es la que posee la solución del enigma social,

y aquí en esto precisamente se halla el lazo indestructible de la política y de la Religión, lazo que no se destruirá sin mutilar antes al hombre. ¿Y qué enseña la Religión respecto del fin del hombre? *Que el hombre ha sido criado*—responde el Catecismo—*para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, y mediante esto conseguir la vida eterna.* Esta respuesta, esta definición, es una de aquellas que se imponen al espíritu humano por su evidencia y necesidad. Hácese en cierto modo parte de la razón desde el momento que la razón principia á conocerla. Iluminada ésta por una luz que en sí misma no tenía, afirma y confiesa con una seguridad inquebrantable, que si Dios existe, si es fin de todas las cosas, y si ha señalado un fin al hombre, no pudo designarle otro que el mismo Dios, cuya visión constituye la vida eterna.

Si es verdad que el fin de la sociedad es facilitar á los hombres la consecución de su fin último, y que este fin es la vida eterna, en vano buscaremos en la antigüedad las trazas de una verdadera civilización, de una verdadera organización social. Cualquiera que sea el esplendor de los pueblos antiguos, es absurdo sostener que ellos hubiesen tenido las verdaderas condiciones ó cualidades de la vida civilizada. La antigüedad ignoraba el fin de la sociedad, porque ignoraba el fin del hombre, y ella al mismo tiempo lo negaba de una manera implícita. Lejos de admitir que el hombre ha sido creado por Dios, la sociedad inventó para el hombre un destino radicalmente opuesto. *El hombre ha sido creado para el Estado*, decía, y según una fórmula más antigua, *el ciudadano ha sido hecho para la patria.* Esto era un axioma de derecho público, aceptado tácitamente por todas las inteligencias, sin que nunca apareciera en los escritos de las más grandes inteligencias de la antigüedad la menor duda acerca de él. Este monstruoso error, base y fundamento de la ciudad pagana, produjo todas las iniquidades. Ella se propuso y consiguió construir con la sangre y sudor de los ciudadanos un ídolo abstracto y cruel, EL DIOS-ESTADO. Ante la conciencia de todos los ciudadanos puso este ídolo, exigiéndole todos los homenajes que se deben al verdadero Dios. El ciudadano, temblando ante este falso ídolo, le inmolaba su conciencia, su personalidad y la misma naturaleza humana. Consintió el hombre no ser ante el Dios-Estado sino materia bruta, recibiendo á su vez del Estado su forma y destino. En cambio, el Dios-Estado prometía á sus adoradores la felicidad; pero no la felicidad eterna, sino la menguada y engañosa del cuerpo, cuyas condiciones vitales consistían en el deleite y en la ociosidad. Y esto el ídolo no lo ofrecía á todos, sino á unos pocos privilegiados. El descanso y el placer son frutos del trabajo, y para que algunos lo pudiesen disfrutar, era necesario que otros trabajasen incesantemente. La esclavitud era la ley fatal de toda sociedad que veía en la ociosidad y el placer el fin supremo de la vida, y he aquí por qué toda la antigüedad puso por cimiento del edificio social, como materiales informes y sin valor, á la mayor parte del género humano, condenado á servir de instrumento de goce á la oligarquía dichosa de la tierra. La iniquidad del Dios-Estado no paraba aun

ahí. ¡Cuántos esclavos había aun entre los que gozaban de la libertad legal! La mujer, el niño, el pobre, el plebeyo y el extranjerero se veían privados de los derechos esenciales de la persona humana. Esta amarga desigualdad entre las diversas categorías de los hombres libres, combinada con la iniquidad de libres y de esclavos, era la ley de hierro que el Dios-Estado promulgaba en todas las sociedades antiguas, y por eso llevaba en su seno la anarquía moral.

Pero á este precio ¿podía el Dios-Estado asegurar la dicha de los privilegiados? No, porque se hallaban privados del más precioso don del hombre, de la libertad. Esta palabra entre los antiguos significaba una condición civil, pero no un derecho político; para los hombres libres significaba que no eran esclavos de otros, pero no que dejasen de serlo para el Estado. Este tenía todos los derechos del ciudadano, pero éste no tenía ninguno respecto del Estado. Lo que éste le daba eran solamente concesiones que podía retirar cuando le parecía, sin dar cuenta á nadie del uso que hacía de su poder. Los intereses y caprichos del Estado determinaban la vida moral de los ciudadanos, por cuanto él era el árbitro de sus conciencias y la sola medida de la moralidad de sus actos. El crimen cometido en su servicio era una acción digna de alabanza, *salus populi suprema lex esto.* El fin de la existencia se hallaba realizado cuando se había contribuido de algún modo al engrandecimiento de la patria; después desaparecía el ciudadano en la terrible obscuridad de la muerte; nada tenía que esperar de la eternidad, y sentía tan sólo perder la vida, cuando la había cruzado sembrada de flores y delicias. He aquí la sociedad antigua: un festín en donde algunos se embriagaban con la torpeza de los placeres, servidos por un pueblo de esclavos; pero que tanto para unos como para otros, morir no era otra cosa que volver á la nada. En vano se buscará algún remedio en la filosofía pagana, porque ésta se hallaba prosternada ante el ídolo Dios-Estado, y de todas las divinidades, sólo aquél se hallaba exento de toda burla y negación. No hubo pensador alguno en la antigüedad que se atreviese á destruir ni á poner en duda el dogma fundamental del paganismo, la divinidad de la patria, ni pensó jamás filósofo alguno en reivindicar los derechos que la persona humana tenía de la misma naturaleza. Todo lo contrario: Platón, el divino Platón, en su República ideal, echa á pedazos la naturaleza humana en la caldera de Eson, con el fin de rejuvenecer á la sociedad por medio de la filosofía; y ésta no saca sino un monstruo tan horrible, que el ánimo se espanta al contemplarle. Nada encuentra amparo ante este filósofo que habla en nombre de la filosofía: condena á muerte al niño ó niña contrahecha; condena á muerte al pobre enfermo¹. En la familia ve un organismo que le incomoda, porque ve en ella una sociedad particular con intereses distintos de la sociedad pública; la suprime proclamando la promiscuidad de las mujeres, y lo que es aun más horrible, la promiscuidad de las madres. El

¹ Platón, República III. 406 edic. Didot.

pudor y modestia femeninos son un obstáculo para la educación común de los niños de ambos sexos; decreta la supresión del pudor, introduciendo en la palestra los niños desnudos con las niñas desnudas¹. La prosperidad individual es otro obstáculo para la vida común; la suprime proclamando la comunidad de bienes.

El Estado de Aristóteles no vale mucho más que el de Platón. No tiene noción alguna de la verdadera libertad, porque para Aristóteles el ciudadano pertenece al Estado. El verdadero privilegio del hombre libre no es la libertad, sino la ociosidad. Y esta ociosidad *augusta* tiene por condición, *sine qua non*, el trabajo continuo de los demás, la esclavitud. La institución de la esclavitud es una institución justa y necesaria. ¡Originada de la misma naturaleza! ¡Hay hombres que nacen esclavos, así como los otros nacen libres y para mandar! La vida humana, para Aristóteles, no es inviolable. Según él, hay casos en que el infanticidio es lícito y debe mandarse, y el aborto es libre. Para Aristóteles, los padres que tienen el derecho de matar á sus hijos, carecen del derecho de educarlos; el Estado es el que tiene cargo de esto, no existiendo, por lo tanto, el hogar doméstico. ¡Tales eran los remedios que la filosofía pagana propinaba, peores mil veces que los males que quería corregir! Así el mundo pagano recorrió el ciclo de su evolución sobre la tierra sin encontrar la verdad social.

En el momento de mayor esplendor del imperio romano, el más grande entre las sociedades paganas, es cuando Jesucristo reveló el misterio de nuestros destinos y el fin sobrenatural del hombre, no solamente teórica, sino prácticamente. ¿Porque de qué serviría al hombre saber que su fin es Dios, la vida eterna, si no supiese el camino? Jesucristo se lo enseña, porque *Él est veritas et via*. Toda la regla para alcanzar la salvación, que resume la ley y los profetas, consiste en *amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo*. Regla y ley perfectísima, la cual, el hombre, como ser imperfecto, no la hubiese jamás encontrado; pero que una vez promulgada ya no puede rechazar, por cuanto se impone á su conciencia y á su corazón. Pero para que esta ley divina tenga y conserve su imperio sobre las pasiones, y se transmita de generación en generación íntegra y pura, era necesaria una autoridad infalible y no sujeta á las fluctuaciones de nuestra pobre inteligencia y corazón. Por esta simple consideración se ve que la infalibilidad es una necesidad del orden social. Con ésta jamás podrá la ley evangélica ser ofuscada ó extinguida, y sin dicha autoridad la revelación hubiera sido poco menos que inútil y vana. Lo verdaderamente trascendental en el cristianismo está en la creación del oráculo infalible de la Iglesia. Poder social intermedio entre la tierra y el cielo, enseñando perpetuamente al hombre el camino que le conduce hacia su fin, hacia su Dios. Por ella el género humano, informado de un principio de vida eterna, se veía elevado á la infalibilidad. La creación de la Iglesia infalible es la exal-

¹ Ib. V. 457 y 458.

tación del género humano hasta el término supremo de su ascensión hacia Dios.

Jesucristo, que obró esta fecunda unión de la Iglesia con el género humano, dió al mismo tiempo la fórmula que ha de regir y ordenar al hombre en la vida ordinaria y común. *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*. Esta fórmula práctica es la sentencia de muerte del Cesarismo y de todo gobierno despótico, y la Constitución cristiana de los pueblos cristianos. De esta fórmula brotó la civilización cristiana; supone la distinción de los dos elementos, el espiritual y el temporal y no la confusión; carece el Estado de derechos en todo lo que se refiere á la vida eterna; reconoce Jesucristo el derecho sagrado del poder civil. *Todo poder viene de Dios*, pero el poder civil tiene sus límites, la esfera de la vida moral del hombre; en esta esfera no tiene otro legislador que Dios, y sus leyes son antes que las leyes de los hombres. La obligación de dar á Dios lo que es de Dios, es el origen y fuente del derecho civil. Todo hombre puede decir: «mi deber para con Dios, es un derecho que tengo sobre el Estado, es el deber y obligación que tengo de desobedecer al Estado, cuando manda y legisla contra Dios». San Pedro lo dice: *Más vale obedecer á Dios que á los hombres*.

En este caso el cristiano no es un revolucionario, no se levanta en armas; desobedece simplemente. Jesucristo, al revelarnos nuestro fin é indicarnos el camino, establece la admirable armonía que debe existir entre las dos potestades, y esta armonía no es una utopía: Diecinueve siglos de existencia de la Iglesia nos indican su grandiosa realidad.

Ahora bien; para el cristiano que sabe de un modo infalible cuál es su fin último, y lo que debe hacer en la tierra para obtenerlo, el problema social toma otro aspecto; porque desde el momento que hace intervenir en dicho problema la divina providencia, el juicio último y la vida futura, la vida humana toma otra fisonomía; entonces cree el cristiano que más allá de la tumba existe un Dios justiciero, que en el cielo cada acto de resignación tendrá su recompensa y cada trabajo su premio. Para los que creen que los ángeles del Señor recogen las lágrimas de los afligidos obreros cristianos, y que un día brillarán en la gloria más que las estrellas del firmamento, las aflicciones y penalidades son nada, y el cristiano que esto cree, pasa la vida con la frente levantada, con la sonrisa en los labios y la paz en el corazón, aun en medio de las mayores penalidades y sufrimientos. Más aun: en medio de la pobreza y aflicciones de la vida goza y encuentra consuelos el cristiano, porque sabe lo que dice el Apóstol:

*Si hijos, también herederos: herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo: si padecemos con él, para que seamos también glorificados con él*¹.

¹ *Si autem filii et heredes; heredes autem Dei, coheredes autem Christi: si autem committimur ut et conglorificemur*. Ad Rom., VIII, 17.